



# Lunáticos



**CONAFE**

Consejo Nacional de Fomento Educativo

**Cuenta  
conmigo**

**CONAFE**

Consejo Nacional de Fomento Educativo

# *Lunáticos*



**Cuenta  
conmigo**

Leticia Ramírez Amaya  
Secretaría de Educación Pública

Gabriel Cámara y Cervera  
Director General del Consejo Nacional de Fomento Educativo

María del Pilar Farrés González Saravia  
Directora de Educación Comunitaria para el Bienestar

Héctor Virgilio Robles Vásquez  
Director de Planeación y Evaluación

Juan Martín Martínez Becerra  
Director de Operación Territorial

Luis Carvajal Pérez  
Titular de la Unidad de Administración y Finanzas

Pedro Antonio López Salas  
Director de Cultura, Publicaciones y Difusión

Yazmín Lizbeth Vargas González  
Directora de Asuntos Jurídicos

Albina Francisca Morales Rojas  
Titular del Órgano Interno de Control

# *Lunáticos*

Jimena M. Vázquez



*Lunáticos*

Edición

Consejo Nacional de Fomento Educativo

Texto

Jimena M. Vázquez

Ilustración

Herenia González Zúñiga

Diseño

Rosa María Díaz Álvarez

Diagramación

Joyce Darisabel Contreras Ríos

Coordinación general

Juan Jesús Valdez Pérez

Cuidado editorial

Oliver de la Vega Lozano

Primera edición: 2012

Segunda edición: 2021

Primera reimpresión: 2022

D.R. © Consejo Nacional de Fomento Educativo

Av. Universidad 1200,

col. Xoco, alc. Benito Juárez

C.P. 03330, Ciudad de México

[www.gob.mx/conafe](http://www.gob.mx/conafe)

ISBN: 978-607-419-421-0

Impreso en México

## Presentación

La historia de las publicaciones literarias del Conafe es amplia y reconocida; grandes plumas han plasmado su firma en ella y, para deleite de la mirada, la obra artística de pintores e ilustradores de renombre ha acompañado nuestros libros.

Para acrecentar el acervo literario y continuar con la tarea fundamental de fomentar la lectura y el conocimiento, en octubre de 2010, se lanzó la convocatoria del Primer Concurso Nacional de Cuento Infantil y Juvenil “Cuenta Conmigo”, cuyo nombre hace referencia a que podemos leer acompañados y estar ahí para ayudarnos, escucharnos y apoyarnos.

En 2011, durante el festejo de los 40 años del Conafe, se dieron a conocer los diez cuentos ganadores que inaugurarían la serie “Cuenta Conmigo”, y este libro que tienes entre tus manos fue uno de los ganadores. Esperamos que disfrutes cada una de sus páginas y que cuentes con nosotros: aprender, conocer, mirar, oler, imaginar, recordar, sentir... Eso y más provocan los libros de literatura infantil y juvenil del Conafe.

Consejo Nacional de Fomento Educativo



*Para Sandra, la primera en perder la Luna*

|

Mientras despegaba, algunos miraron con preocupación la nave espacial donde viajaban cuatro niños raros y un chimpancé. Aquello era una insensatez y lo sabían; no se podía esperar que semejante tripulación tuviera éxito en una empresa tan compleja como sacarle brillo a un satélite natural.

La historia de la nave espacial comienza el domingo en que desapareció la Luna. Nadie se dio cuenta, el accidente ocurrió en uno de esos momentos en que todas las personas tienen los ojos puestos



en otra cosa: los astrónomos estaban viendo Neptuno, los veladores estaban leyendo el periódico y todos los niños dormían porque al día siguiente había que levantarse temprano. Así, aprovechando que nadie la veía, la Luna decidió ir a pasear por la Vía Láctea y se perdió. Nadie supo indicarle el camino de regreso al sistema solar.

Al principio la gente no se alarmó, era común que la Luna se encontrara en un punto ciego por un par de noches. Los de un extremo del planeta pensaban que los del otro extremo la estaban viendo; los del otro creían que eran los primeros quienes la tenían. Así pasaron muchos días de ignorancia, hasta que a alguien dejó de parecerle una cosa normal y gritó a los cuatro vientos que la Luna ya no estaba. No la habían visto en tres semanas.





## *Lunáticos*

Un satélite artificial fue programado para buscar en las inmediaciones del planeta, y, horas más tarde, mandó el reporte de que, en efecto, la Luna había desaparecido.

Luego de varias noches de cielo vacío, los científicos decretaron que la Luna no iba a volver. Se encontraba fuera del alcance de los mejores telescopios, así que no se supo en qué lugar del universo fue a parar. Los poetas y músicos protestaron; los lobos se entristecieron y guardaron un luto silencioso. Pero nadie se vio más afectado que el mar, que dejó de levantarse por las noches porque ya no había nada en el cielo que quisiera alcanzar.

No tuvo que pasar mucho tiempo para que la nostalgia espesara las noches y se iniciara la búsqueda de soluciones al problema. Una marca de plastilina lanzó una convocatoria para que la gente fuera a amasar la materia de una Luna nueva, pero pronto retiraron la oferta porque no había recursos suficientes como para alcanzar los tres mil quinientos kilómetros de diámetro lunar. Alguien propuso hacerla de queso. Pusieron manos a la obra y en pocos días ya tenían construido el cuarto creciente con cráteres de manchego y montañas de gruyer. Por desgracia, varias familias de ratones se enteraron del proyecto y consumieron en una sola noche el queso de la nueva Luna. Alguien más realista sugirió pedir prestado un satélite a otro planeta. Quisieron atraer al Deimos de Marte, al





Jápeto de Saturno y la Europa de Júpiter, pero ninguno quiso mudarse a circundar la Tierra.

Finalmente, en medio de la angustia de ver descartadas las primeras opciones, una científica llamada Doris convocó a una conferencia en el gran auditorio de una ciudad del norte, para exponer la que sería la mejor solución al problema de la Luna. Doris era una mujer joven que desde niña echó la nuca hacia atrás para ver las estrellas. Usaba unos enormes anteojos redondos y era muy sonriente; tenía unas largas ojeras que se extendían por los largos cachetes de su larga persona, y unos cabellos rubios que siempre guardaban un delicado desorden. Hablaba despacio y claro, era fácil entender de su boca hasta los conceptos más complejos de la astronomía. Ha-

bía estudiado en universidades de siete países distintos. Luego de explorarlo a distancia durante veinte años, conocía el cielo mejor que su departamento.

El día de la exposición, abarrotaron el auditorio los camarógrafos y reporteros de la radio y la televisión, los científicos, estudiantes, líderes políticos, actores y otro montón de gente que no dijo a qué se dedicaba. El café y las galletitas que había en el recibidor no fueron suficientes para todos, pero nadie se sintió ofendido porque en realidad no iban para beber café.

Algunos canales de televisión transmitieron en vivo, para el mundo entero, la conferencia





de Doris, que comenzó con quince minutos de retraso debido a fallas técnicas. Cuando el proyector estampó en la pared blanca la presentación que Doris había preparado para apoyar su conferencia, todos en el auditorio guardaron silencio.

Coritnia, aseguró Doris, es un satélite natural que rodea a la Tierra siguiendo una órbita gigantesca. Solo se puede observar con telescopio cada nueve años, cuando está en el punto más cercano a la Tierra, pero se ve tan chiquita que ni siquiera se le distinguen cráteres o conejos. Doris dijo que hacía doce años que estudiaba este cuerpo celeste; dos veces había tenido la oportunidad de ver pasar a Coritnia y estaba segura de que, pese a la distancia, el satélite rodeaba la Tierra. Mostró fotos en las que señaló con rojo el destello que pertenecía a Coritnia, además de unos dibujos en los que tenía trazada la órbita del satélite. La trayectoria era realmente grande, resultaba sorprendente que la Luna se hubiera perdido con tanta facilidad estando tan cerca, mientras que Coritnia no





titubeaba un segundo y recorría su órbita sin distraerse. Doris dijo que, según sus cálculos, las dimensiones de Coritnia eran muy parecidas a las de la Luna, por lo que no habría problema en usarla de repuesto.

Lo que Doris no sabía era cómo hacer para acercar a Coritnia.

Luego de la conferencia, la esperanza de tener un satélite natural nuevo despertó la creatividad de las personas. Las religiones de todo el mundo dedicaron rituales al llamado de Coritnia; se hicieron danzas, fogatas y fiestas. En las escuelas, los niños le hacían dibujos y cartas pidiéndole que se acercara; le decían lo bonito que era todo en la Tierra y le prometían cantarle canciones todas las noches. A cada minuto, alguien en algún punto del planeta cerraba los ojos y pedía con todas sus fuerzas que Coritnia viniera a salvar el cielo nocturno.

Nunca se supo cuál de los llamados funcionó. Todas las religiones y todos los niños quisieron atribuirse la atención de Coritnia, que viajó a toda velocidad a través de la galaxia hasta ubicarse en la antigua órbita de la Luna. Las fiestas se multiplicaron en los cinco continentes cuando el cielo





se vio casi como solía ser antes del célebre extravío. Casi igual, pero no era lo mismo. En efecto, había un cuerpo redondo de una dimensión parecida a la que tenía la Luna; estaba a la misma distancia y hasta había adoptado la costumbre de mostrar una sola de sus caras, tal como lo hacía su antecesora. Pero Coritnia no brillaba como la Luna... en realidad no brillaba casi nada.

Cuestiones de luminosidad no iban a detener a los habitantes de la Tierra en su empeño por conseguir un auténtico repuesto lunar. Mientras los lobos empezaron a aullar en volumen bajo y el mar comenzó a dar saltitos por las noches, los científicos e ingenieros se reunieron para diseñar y construir un artefacto que puliera la superficie de Coritnia.

Trabajaron en un edificio muy alto, ubicado en una importante ciudad cerca de la costa, que tenía laboratorios bien equipados, dormitorios y restaurantes a disposición del equipo de científicos. En el laboratorio de los químicos había al menos tres explosiones diarias, estaban dedicados a buscar una cera que dejara la corteza de Coritnia brillante como el Sol. Los ingenieros desecharon un sinfín de hojas de papel buscando un moderno diseño de pulidora fácil de manejar, que no tuviera demasiados botones ni ocupara mucho espacio. En un salón que tenía paredes de pizarrón, los físicos resolvían cientos de ecuaciones para calcular la gravedad de Coritnia, y así definir el peso de las máquinas pulidoras y de los trajes espaciales.

Cuando estuvieron listos los planos de la máquina, un ingeniero preguntó quiénes serían los encargados de ir hasta el satélite y pulirlo. Doris, quien se había vuelto la celebridad más grande del planeta, asistió poco después a una de las reuniones de científicos e ingenieros para resolver sus dudas y advertirles sobre las sustancias nocivas que



se podían encontrar en los cráteres de Coritnia. El satélite venía de un lugar muy lejano, así que podía traer gases desconocidos y mortales. En respuesta a la pregunta del ingeniero, todos los astronautas del mundo dieron un paso atrás, argumentando que no deseaban morir y que, además, pulir suelos era algo que no les entusiasmaba en absoluto.

Para que la cobardía de los astronautas no frenara la remodelación de Coritnia, a los altos funcionarios de la Comisión Internacional de Viajes Espaciales y Mantenimiento Estelar (CIVEME) se les ocurrió armar un concurso para mandar en el viaje a personas comunes y corrientes. ¿Quién se atrevería a rechazar la oportunidad de ir gratis al espacio para cumplir una misión que sería recordada por siglos?



Se corrió por todas partes el rumor de que la CIVEME elegiría al azar a cuatro personas comunes para que fueran a pulir Coritnia. Dijeron que los organizadores de la misión tenían acceso a los números telefónicos de todas las casas del mundo, y que los habían escrito en pequeños papelitos que desbordaban una alberca de cristal. El primer lunes de octubre sacarían cuatro y llamarían a los afortunados en ese mismo instante. El que contestara el teléfono sería elegido sin importar su ocupación o su complejión: todos tenían derecho a viajar al espacio, todos podían sacarle brillo a Coritnia. Escribieron en las bases del concurso que personas que padecieran enfermedades del corazón, vértigo, diabetes, epilepsia o esquizofrenia no serían tomadas en cuenta para realizar el viaje, y que debían ceder el lugar a una persona de toda su confianza.





Muchos no creyeron una sola palabra de toda esa historia de los papeletos y las llamadas telefónicas, pensaron que todo era un montaje y que casualmente los elegidos serían una estrella de la televisión, un político importante, un activista defensor de los animales y la científica Doris. Muy pocos aguardaron junto al teléfono la tarde del primer lunes de octubre.

Llegó el día. El presidente de la CIVEME se vistió con su mejor traje. Junto a la alberca de cristal llena de papeletos había un teléfono blanco y una hoja para anotar los datos de quienes contestaran la llamada. Había una persona de la Secretaría de Gobernación que daría fe de la legalidad del concurso, varios reporteros y camarógrafos, otros funcionarios de la CIVEME y un grupo de edecanes. “Que saquen los papeletos”, dijo el presidente de la CIVEME. Un edecán se metió a la alberca y revolvió un poco antes de sacar un trocito de papel y dárselo a una de sus compañeras, que fue hasta el teléfono y marcó...







La primera llamada cayó en el teléfono de Zita. Ella contestó con la boca llena de huevos con jamón a medio masticar. Abrió mucho los ojos y masticó más despacio cuando le dijeron de dónde llamaban. Apenas terminó de pasarse la comida, le hicieron unas preguntas y ella contestó que Zita, que nueve años, que estudiante de primaria, que avenida Palmas ciento cuarenta. El presidente de la CIVEME,

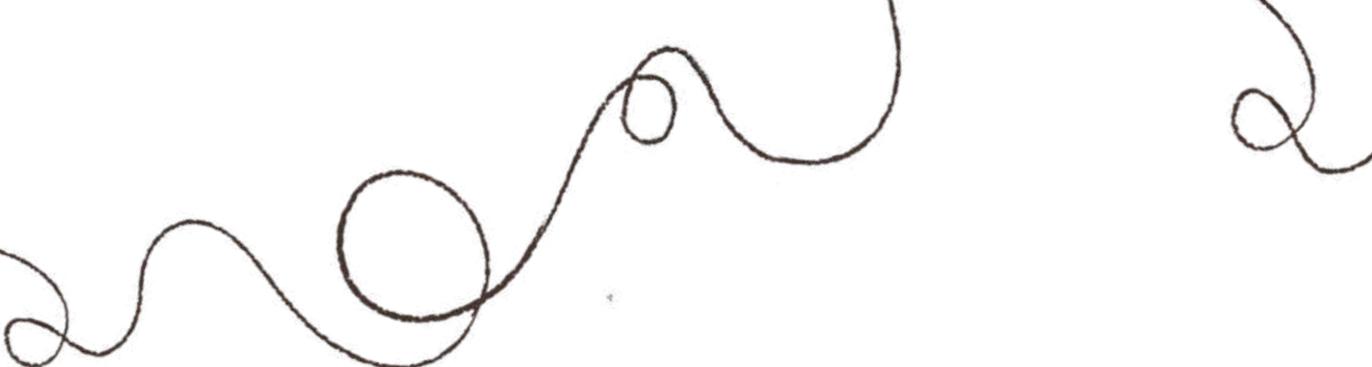




extrañado de que la primera elegida fuera una niña (jamás se le ocurrió que alguien de nueve años contestaría el teléfono), le dijo que se comunicarían con ella al día siguiente para darle más detalles. Zita volvió a la mesa. Su papá preguntó que quién había llamado, ella le respondió la verdad y él no le creyó nada. La niña terminó de comer y luego fue a la sala de su casa a buscar el periódico, donde leyó con atención todos los reportajes que hablaban de Coritnia.

El edecán sacó un segundo papelito y su compañera marcó. El presidente de la CIVEME escuchó un tono. En una casa ubicada a las afueras de una ciudad del oriente, Felipe gritó “yo contesto”. Dos tonos. Felipe salió corriendo de la recámara con su cuchara en la mano. Tres tonos. Felipe llegó a la sala, descolgó y gritó un saludo. “Buenas tardes —le dijo el hombre de traje a Felipe—, tenemos el gusto de informarle que ha sido elegido para ir a Coritnia en la importante misión que la CIVEME está organizando”. Felipe gritó de emoción, luego le vociferó a su madre que había ganado el viaje a la Luna y, cuando estuvo más tranquilo, contestó: “Felipe, ocho años, estudio la primaria y quiero ser superhéroe cuando sea grande; no sé, pero ahorita le pregunto a mi mamá”. La mamá de Felipe habló con el presidente de la CIVEME para decirle la dirección de su casa, mientras su hijo saltaba eufórico de sillón en sillón. La mamá preguntó





si no había problema con que Felipe fuera menor de edad; le respondieron que no y ella se alegró de saber que podría librarse unos días del latoso de su hijo. Volvió a la cocina y dejó a Felipe jugando al astronauta, apuntándole a los sillones con su cuchara, que en ese momento estaba haciendo el papel de pistola de rayos láser que mataba extraterrestres.

El presidente de la CIVEME carraspeó antes de la tercera llamada y deseó que esta vez se tratara de un adulto. Pensó que quizás, al día siguiente, podría decirles a Zita y a Felipe que era necesario ser mayor de edad para realizar el viaje. Los niños lo entenderían luego de llorar un rato la desilusión. Después de todo, pulir la Luna es asunto de gente responsable y madura.





## Lunáticos

Jorge estaba dibujando, pero como no había nadie más en casa, tuvo que detener los colores para contestar el teléfono. “Jorge, diez años, estudiante de primaria, calle Independencia número setenta y ocho”. Los diez años cayeron como balde de agua fría sobre los hombros del presidente de la CIVEME. Con voz apagada, el presidente le dijo al niño que le llamarían al día siguiente para precisar algunos detalles. Jorge colgó y sonrió un poquito. Todavía faltaban cuatro horas para que sus papás llegaran del trabajo, así que debía contener su alegría para no sucumbir a la desesperación. Fue a la cocina por el sándwich que su mamá le había dejado para que comiera y se sirvió un vaso de leche para festejar, luego volvió a tomar sus colores. En una hoja nueva dibujó un enorme círculo que rellenó de amarillo y gris, después se dibujó a él mismo en el centro del círculo, bajando de una nave espacial roja.





Por alguna absurda superstición, el presidente de la CIVEME quiso marcar personalmente el cuarto y último número de aquella tarde. Esperó a que entrara la llamada con las manos sudorosas y el corazón latiendo rápido.

—¿Bueno? —dijo del otro lado la inconfundible voz de una mujer adulta.

—Buenas tardes, le está llamando el presidente de la CIVEME para informarle que ha sido usted seleccionada para ser parte de la tripulación que brillará al nuevo satélite natural de la Tierra. ¿Me podría decir su nombre, por favor?

—María Luisa.

—¿Cuál es su dirección, María Luisa?

—Avenida Troncoso número cincuenta y cuatro.

—¿Ocupación?

—Estoy jubilada.





—¿Me puede decir su edad?

—Setenta y dos años.

Setenta y dos... al presidente de la CIVEME le pareció que eran muchos. Tres niños y una anciana no era precisamente el equipo que él había pensado mandar para la misión de Coritnia. Le dijo a la señora que le llamarían al día siguiente y colgó. El rito había terminado y en la lista de seleccionados figuraban cuatro personas que no tenían perfil de héroe. Gracias al cielo no se necesita ser héroe para encender una pulidora.

Luego de meditarlo unos minutos, el presidente de la CIVEME llegó a la conclusión de que era irresponsable mandar a esos niños a Coritnia. Les anunció a los demás miembros de la CIVEME y a los reporteros que invalidaría las tres primeras llamadas de aquella tarde. Entonces, el interventor de la Secretaría de Gobernación levantó la mano y le dijo que eso no era posible. Explicó que la convocatoria era un documento oficial, y que en ella no existía cláusula alguna que impidiera a un niño de diez años hacer el viaje. En caso de invalidar las llamadas, los niños podían demandar a la CIVEME, que seguramente perdería el juicio y terminaría pagando una suma importante de dinero a cada infante. Solo se podía prohibir el viaje a Zita, Felipe y Jorge si estos padecían enfermedades del corazón, vértigo, diabetes, epilepsia o esquizofrenia. Ante este problema, el presidente de la CIVEME preguntó a sus colaboradores por qué nadie le había agregado a la convocatoria una cláusula que estipulara una edad mínima.



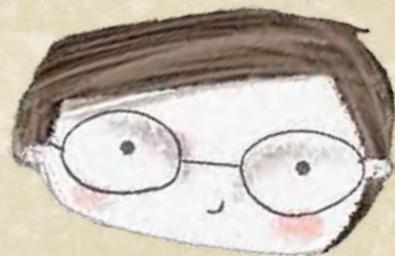
El martes, los tres niños y la señora María Luisa esperaron la llamada prometida. Los padres de los niños ya estaban al tanto de la suerte de sus hijos, pues en todos los noticieros se dijeron los nombres de los ganadores. Cerca de las once de la mañana los teléfonos empezaron a gritar en el mismo orden del día anterior. Esta vez, un funcionario importante de la CIVEME (el presidente tenía un almuerzo con el ministro de Relaciones Exteriores) fue el encargado de hablar con los ganadores.

Con Zita, Felipe y Jorge la conversación fue más o menos la misma. Primero el funcionario pidió hablar con un adulto; una vez que el padre o la madre estuvieron al teléfono, el funcionario preguntó si el niño padecía enfermedades del corazón, vértigo, diabetes, epilepsia o esquizofrenia. Las tres respuestas fueron NO. La madre de Felipe, la de Jorge y el papá de Zita dijeron estar dispuestos a firmar los permisos necesarios para que sus hijos fueran reclutados durante una semana en las instalaciones de la CIVEME y, posteriormente, realizaran el viaje de doce días a Coritnia. Una vez aclarados esos puntos, el funcionario les indicó que



una camioneta iría el siguiente viernes muy temprano a su domicilio, para recoger al futuro abillantador estelar.

Por último, el funcionario le llamó a María Luisa. Primero le preguntó si padecía enfermedades del corazón, vértigo, diabetes, epilepsia o esquizofrenia. María Luisa era diabética. Al oír esa respuesta, el funcionario de la CIVEME se puso muy nervioso; luego le informó que, por su seguridad, no podía realizar el viaje estando enferma, así que debía proporcionar los datos de una persona de toda su confianza para que la supliera en la misión de Coritnia. La señora dudó antes de mencionar a su nieta Romina de once años. Cuando escuchó la edad, al funcionario de la CIVEME se le fue el alma a los pies. Pero era un profesional, así que terminó la entrevista aun con la cabeza desalmada y le dijo que el viernes una camioneta iría a su casa para llevarse a su nieta.





Romina se sentó en la sala junto a su abuela y escuchó con atención lo que le decía sobre el viaje que tendría que hacer. Sonrió un poco porque el espacio siempre le había interesado. Romina era una de esas niñas que no le tienen miedo a las alturas. Su abuela le preguntó qué opinaba al respecto y Romina se apresuró a escribir en su libreta que le parecía muy bien ir a Coritnia y que la iba a extrañar. La niña no hablaba desde los nueve años, pero no era muda, simplemente había sufrido una impresión muy fuerte y a su voz se le habían escapado las ganas de salir a pasear. Siempre llevaba con ella una libreta y un bolígrafo: cuando se va la voz, lo único que queda es tinta.



La tripulación estuvo lista. En los noticieros se mostraron (previa autorización de sus padres) las fotos de los niños que, luego de un entrenamiento de siete días, partirían hacia Coritnia. Algunos televidentes creyeron que aquella sería una experiencia única e inolvidable, y que personas tan jóvenes la sabrían aprovechar. Así como antes le habían escrito cartas a Coritnia, ahora les mandaban mensajes de apoyo a los niños. Pero no todos eran optimistas, había quienes pensaban que no se podía dejar una responsabilidad tan grande en gente que no llegaba a los dieciocho años. La CIVEME prometió mandar a dos astronautas perfectamente capacitados para que dirigieran la misión y todo saliera brillante.

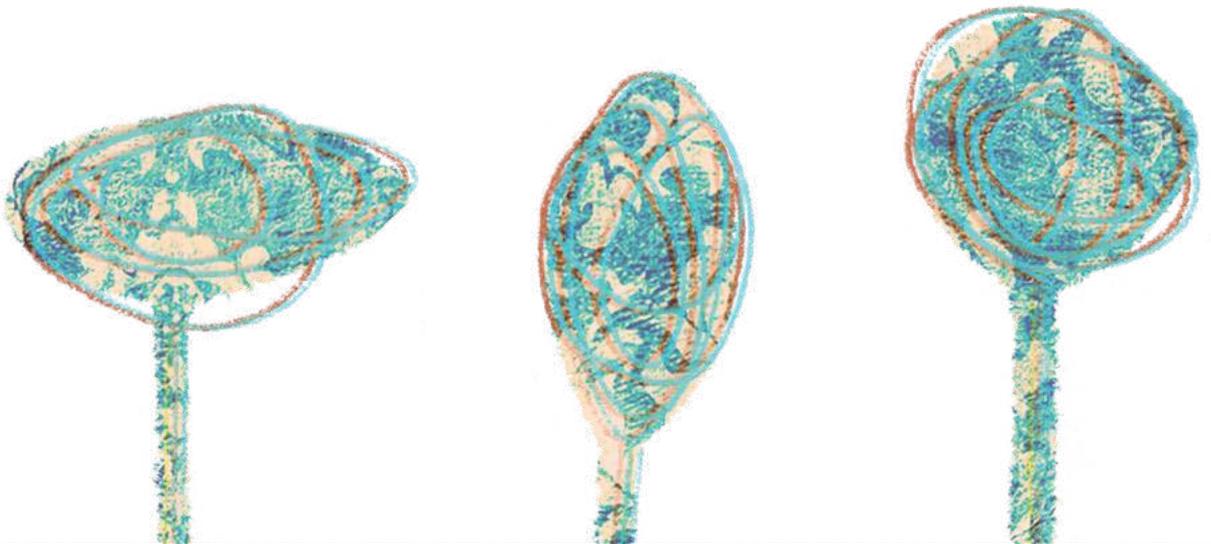
Las cuatro camionetas llegaron muy puntuales a las casas de los niños. Además de su ropa, Zita llevaba una mochila llena de sándwiches y galletas para el camino. Jorge, por otro lado, subió a la camioneta y, debido a los nervios, empezó a picarse la nariz con el índice de la mano izquierda, mientras se despedía de su mamá con la derecha. Felipe llevaba su cuchara, no necesitaba más. Romina recibió en la mejilla un beso de su abuela, quien se quedó largo rato en la puerta de la casa viendo cómo se alejaba la camioneta, dejándola sumida en un silencio más profundo que el que emanaba su nieta.





III

La Comisión Internacional de Viajes Espaciales y Mantenimiento Estelar tiene un complejo de edificios y terrenos de prueba en el desierto que tiene la arena más fina de todo el mundo, muy cerca del Trópico de Capricornio. Hay una escuela donde los astronautas y todos los trabajadores de la CIVEME aprenden astronomía, mecánica de naves espaciales, física, primeros auxilios y deportes. En esa escuela, los cuatro héroes se someterían a una capacitación teórica que era obligatoria. En la biblioteca de la escuela había toda una sección dedicada a la Luna, que nadie consultaba desde que esta dejó de estar al alcance de los telescopios. Junto a esa sección se colocaron un par de largos estantes dedicados al nuevo satélite, que solamente tenían diez ejemplares del libro en el que la científica Doris recopiló sus investigaciones sobre Coritnia, y que se apresuró a editar tiempo después de que el satélite se acercara a la Tierra.





A un lado de la escuela estaban los edificios donde vivían aquellos que necesitaran estar largo tiempo en las instalaciones de la CIVEME, como estudiantes, investigadores o astronautas. Ya estaban listos los cuartos de los niños: uno para Zita y Romina, y otro para Felipe y Jorge. No era muy difícil llegar a las instalaciones de la CIVEME: desde Trasto, la ciudad más cercana, el viaje a través del desierto duraba solo veinte minutos; mientras que desde la ciudad de la costa, donde estaba el alto edificio en el que días antes se habían reunido los científicos, eran tres horas de camino.

En el complejo del desierto había también unas salas de prueba muy grandes, donde se hacían simulaciones de los terrenos de otros planetas, su temperatura y gravedad. Luego de las discusiones entre los científicos, hubo tres hipótesis sobre las condiciones climáticas y la superficie de Coritnia, así que se adaptaron tres salas que parecían los foros para una película de ciencia ficción. Cerca de las salas de prueba estaba el gran restaurante, donde había menú de comida nutritiva y los viernes se servían pizzas y hamburguesas.

El edificio principal tenía las paredes pintadas de gris para que el reflejo del Sol no lastimara los ojos. En él se alojaban las oficinas de los funcionarios y las de los investigadores que se encargaban de difundir, entre la población, la revista *Mirada al cielo*, que tenía entregas mensuales con las novedades del universo.



## Lunáticos

Desde la oficina del presidente de la CIVEME, en el edificio principal, se veía la larga pista para el despegue y aterrizaje de aviones, que había sido colocada a una distancia considerable de la escuela y de los salones de prueba para que el ruido de motores no distrajera a los que ahí trabajaban. Junto a la larga pista había cinco espacios para el arribo de helicópteros, y junto a estos, a unos trescientos metros, la zona de despegue de las naves espaciales.

Los niños llegaron al desierto por la tarde. Venían de distintos puntos del planeta, por eso cada uno llegó por su lado; todos fueron acompañados durante el viaje por un trabajador de la CIVEME. El primero en arribar fue Jorge. Lo llevaron a una sala que tenía televisión y le ofrecieron jugo de uva. Cuarenta minutos después llegó Zita, hambrienta y con sueño. Jorge y Zita casi no se hablaron, miraron silenciosos en la televisión el documental de Plutón. Treinta y cinco minutos después llegó Romina. Jorge y Zita hablaron poco; Romina, nada. Finalmente, cerca de las seis de la tarde, llegaron la tormenta y el huracán en forma de niño y cuchara. Felipe llegó gritando unos “holas” salpicados de baba. Diez horas de viaje no lo habían desgastado; todo el camino se fue platicando con su acompañante de la CIVEME sobre asuntos del espacio y de su escuela. El acompañante se cansó a las dos horas, hizo cuanto pudo por callar



al niño: lo quiso hacer dormir, le ofreció muchas cosas de comer y hasta intentó el viejo truco de jugar a estar callados. En realidad, ninguno de los cuatro acompañantes tuvo una buena experiencia: que si este se saca los mocos, que si esta otra es rara y no habla, que si aquella come mucho, que si el otro es hiperactivo. “Gorda”, “insoportable”, “loca” y “cochino” no son adjetivos que deban darse a unos niños, no importa qué tan mala sea la primera impresión.

Los niños comieron pizza y hamburguesas en el gran restaurante, luego se juntaron en una sala del edificio principal con el presidente de la CIVEME, quien les dio la bienvenida y les explicó cómo sería su entrenamiento los siguientes siete días: a las nueve, después de desayunar, tendrían un entrenamiento físico de una hora; luego les tocaban cuatro horas de estudio en la escuela; después una hora de comida, otra de descanso y, para terminar, tres horas en los salones de simulación. Algunos días tenían programadas a las ocho de la noche ruedas de prensa para informarle al mundo cómo se estaban preparando los pequeños héroes. Cuando fueron a sus cuartos en medio de bostezos, los niños miraron por la ventana a Coritnia y le sonrieron.



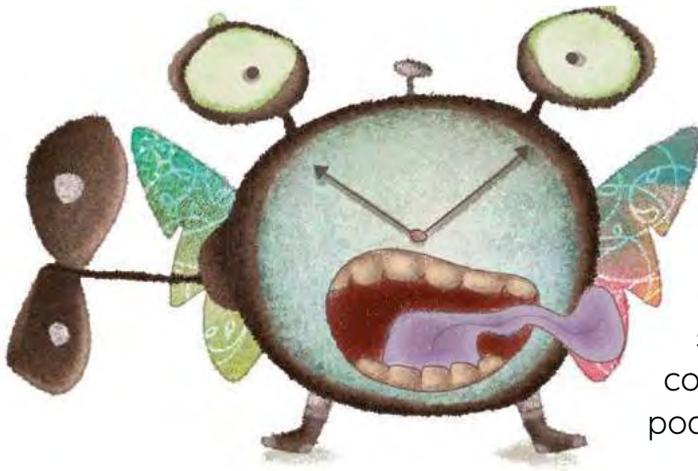


A las siete y media de la mañana un desalmado llegó a despertar a los niños. Se bañaron torpemente y luego fueron a desayunar fruta, pan, huevos revueltos y leche con chocolate. Zita pidió doble ración de huevos, pero se la negaron... Le dieron a cambio un cubito deshidratado que sabía a sopa de cebolla. Era comida de astronauta; desde ese día les empezaron a dar pequeñas raciones para que su organismo se fuera acostumbrando a digerirlo.

El entrenador físico intentó ponerles ejercicios de yoga y pilates a los niños, pero después de veinte minutos Felipe lo desesperó y prefirió darles una pelota y sentarse a verlos jugar.

En la escuela, la primera hora de estudio estaba dedicada a la física. El profesor era un hombre de unos sesenta años que tenía una cabeza más brillante que la desaparecida Luna. Empezó a hablar con erudición de la velocidad, la gravedad y el vacío, pero luego se percató de que tenía frente a él a un grupo adormilado de niños de primaria. Comprendió

que tendría que modificar su enfoque, así que escribió en el pizarrón unas sumas y divisiones. Incluso Felipe, que era el más pequeño, resolvió exitosamente los ejercicios. El profesor quería explicarles el universo con cálculo diferencial, cosa que sería imposible, ¿se podría explicar con geometría?





El maestro de astronomía estuvo dos horas con los niños. Era rubio y exageradamente alto. Al verlo entrar, Jorge pensó que un hombre con la cabeza tan cerca de las estrellas solo podía ser astrónomo o basquetbolista. Los niños habían investigado mucho del universo desde que recibieron la llamada el primer lunes de octubre; tenían muchas dudas que resolver y se dedicaron a azotarle signos de interrogación al larguirucho maestro.





La última hora la pasaron en un taller con una maestra joven que seseaba al hablar. La clase era de mecánica

básica de naves espaciales. Las paredes del taller estaban llenas de dibujos y diagramas de toda la maquinaria que hacía funcionar una nave espacial.

Lo primero que hizo la maestra fue enseñarles la

foto de la nave espacial Niso. “Esta nave los llevará a Coritnia”, les dijo.

Niso era blanca con destellos dorados. Lo siguiente que hicieron fue estudiar la mesa de control de la nave, que tenía doscientos cuarenta y nueve botones y palancas.

Cuando terminó la clase, los niños estaban hambrientos y aturdidos.



Era sábado y en el restaurante no había pizza, pero tenían tanta hambre que fueron felices con pechugas de pollo asadas, verduras y un cubito deshidratado de sopa de fideo. En la hora de descanso, los niños salieron a un jardín con la intención de jugar, pero los cuatro se tendieron en la sombra y soñaron con Coritnia... hasta que otro desalmado llegó a despertarlos y los llevó a las salas de simulación.

En las salas de simulación conocieron las Super Shining 3000. Sin duda eran las pulidoras más bonitas del mundo. Parecían carritos chocones, pero avanzaban con pedales, como las bicicletas. En la parte de atrás tenían un enorme tanque alargado para el líquido pulidor; abajo tenían dos enormes cepillos que giraban para dejar la superficie brillante, y dos llantitas que ayudaban a dirigir el carrito. Los niños se pusieron sus trajes de astronautas y se subieron emocionados a la máquina, que condujeron felices por la primera sala, donde se simulaba la hipótesis “A” de la corteza de Coritnia. Luego fueron a la segunda sala, se pusieron otros trajes y manejaron otras pulidoras. Ya sin emoción, a las seis de la tarde los niños llegaron a la sala de la hipótesis “C” y condujeron por tercera vez las máquinas vistiendo unos pesados trajes blancos que los hacían sudar. Acabaron rendidos.

Cenaron espagueti, pan con mantequilla y un cubito de budín de chocolate. Habrían estado encantados de irse a dormir después de cenar, pero uno de los desalmados funcionarios hizo que usaran unos uniformes de la CIVEME, para llevarlos a una rueda de prensa en el edificio principal.



Los niños se sentaron ante un montón de cámaras y reporteros, con el presidente de la CIVEME y dos astronautas. A las ocho se encendieron los focos rojos de las cámaras y televisaron en vivo la rueda de prensa. Los niños fueron presentados al mundo mientras bostezaban.

El presidente de la CIVEME, con un orgullo fingido, habló del trabajo que le esperaba a la tripulación los siguientes días. Presentó a los dos astronautas que acompañarían a los niños en la odisea y luego permitió que los reporteros hicieran preguntas a los niños. Eso fue un grave error, los niños estaban tan cansados que contestaron arrastrando las palabras, soltando con esfuerzo monosílabos que medio respondían a las complicadas preguntas de los reporteros. Un corresponsal de radio le preguntó algo a Romina, quien sacó su libreta y escribió un “Sí”. Entonces, el presidente de la CIVEME explicó que Romina no hablaba. Jorge empezó a picarse la nariz para arrullarse, Felipe utilizó su cuchara como almohada y Zita estuvo a punto de caerse de la silla. La rueda de prensa se dio por terminada.

Al día siguiente en los periódicos, los encabezados decían cosas como: “Tripulación de Tontos”, “CIVEME: perdidos en el espacio”, “Lunáticos”.



Ya era tarde para detenerse, la CIVEME tendría que esforzarse por convertir a los niños en héroes en solo seis días. En todo el mundo, la gente estaba al pendiente de los niños. A la mayoría le causaba gracia que esos lunáticos fueran a Coritnia, pero había otros que estaban francamente preocupados. Por suerte, había dos astronautas adultos a cargo de la misión.

En el desierto, los niños siguieron trabajando día tras día. Estaban muy cansados y varias veces cabecearon en la clase de física y durante las simulaciones. En su hora de descanso iban a dormir al jardín, que les parecía un auténtico oasis en medio de sus ocupaciones. En la escuela avanzaron bastante: el maestro de física consiguió enseñarles una manera poco exacta para calcular la gravedad y la densidad del aire; el de astronomía les explicó los hoyos negros y la composición de los gases en las atmósferas de los satélites conocidos; la profesora de mecánica de naves espaciales le enseñó a Jorge a reparar el motor, a Zita la hizo una experta en los botones y palancas, y a Romina le explicó los sistemas eléctricos de toda la nave... A Felipe no pudo enseñarle nada serio porque no se quedaba quieto.

Mientras los niños se levantaban temprano para entrenar, en el resto del mundo se estaban tomando decisiones importantes. La gente de





## Lunáticos

todos los países acordó que Coritnia se empezaría a llamar “Luna” cuando estuviera brillante. Luna podía llamarse cualquier cuerpo celeste que iluminara las noches de la Tierra, que tuviera fases e inspirara poemas. Coritnia era un nombre bonito, pero las personas quisieron apropiársela a tal extremo que decidieron darle un nombre que, además de ser bello, tuviera miles de años de tradición estelar.

Y mientras en el resto del mundo la gente tomaba decisiones, los niños pasaban tres horas diarias en las salas de simulación con los dos astronautas tutores. Los astronautas convivían con los niños de mala gana, se burlaban de ellos y los trataban mal. Los niños se alegraron cuando, al cuarto día, los astronautas mandaron una carta de renuncia al presidente de la CIVEME, argumentando que los niños eran insoportables y que preferían ser liquidados e irse a su casa antes que subirse a una nave espacial con esa bola de latosos. A tres días del despegue rumbo a Coritnia, con todos los astronautas negados a viajar en la nave Niso, el presidente no tuvo otra alternativa y decidió mandar al astronauta Galileo en la misión.



Galileo había sido entrenado desde pequeño en los laboratorios especiales de la CIVEME y era capaz de conducir una nave espacial y jugar ajedrez. Tenía un IQ (coeficiente intelectual) superior al de los astronautas desertores y su pelaje negro era muy bonito. Se decía que era el chimpancé más listo de toda la historia. En una segunda rueda de prensa, el ojeroso presidente



de la CIVEME presentó a Galileo. Los niños estuvieron encantados y los periodistas, boquiabiertos.

## IV

Luego de dos días de entrenamiento, Galileo estuvo listo y la nave espacial Niso también. Era domingo, habían retrasado el despegue de la nave porque Zita se había enfermado del estómago por comer a escondidas cinco cubitos

de pollo frito. La niña se recuperó y entonces se fijó la hora del despegue de la nave. Las cámaras de televisión estaban listas para captar el momento. La tripulación se bajó de una camioneta a cien metros de la nave y caminaron hasta la plataforma, mientras decían adiós a las cámaras que los





filmaban desde lejos. Niso brillaba con el Sol, era blanco y dorado, como en la fotografía que les mostró la maestra; era enorme, del tamaño del edificio principal de la CIVEME. Los niños subieron a la plataforma detrás de Galileo y se maravillaron cuando entraron a la nave. Una vez que los cinco estuvieron acomodados y con los cinturones de seguridad bien puestos, la puerta de la nave se cerró y escucharon cómo se encendían los motores. A los niños les sudaron las manos. DIEZ. NUEVE. La nave era dirigida a distancia desde una torre de control de la CIVEME, así que los niños pudieron quedarse pasmados con el corazón hecho un tambor. OCHO. SIETE. SEIS. Las personas que veían el despegue por televisión se pusieron una mano en el pecho. CINCO. CUATRO. El presidente de la CIVEME cerró los ojos. TRES. DOS. UNO. La nave tembló y empezó a elevarse a toda velocidad. Los niños y Galileo gritaron con todas sus fuerzas.





## Lunáticos

El despegue de una nave espacial ocurre en varias etapas porque se necesita mucho combustible para salir de la atmósfera. Cada vez que una etapa termina, se desprende una sección de la nave, hasta que queda solamente la parte donde va la tripulación. Cuando salieron de la atmósfera, la nave que era del tamaño del edificio principal, ahora tenía las dimensiones de una casa de tres pisos.

Durante todo el viaje, Jorge se comunicó con el centro de operaciones de la CIVEME, y no dejaba de preguntar si podían desabrochar los cinturones de seguridad. Cuando los dejaron liberarse del asiento, los niños festejaron y se echaron a flotar por toda la nave, explorando cada centímetro con cara de asombro. Galileo se quedó en su asiento, con la expresión más seria que puede tener un chimpancé.

Después de dos horas de dar piruetas y hacer todas las contorsiones que la falta de gravedad les permitía, a los niños les cayó encima el cansancio de la última semana y se durmieron durante horas. Mientras tanto, Galileo se encargó de todo, comunicándose mediante clave Morse con el centro de operaciones.

Niso era una nave muy moderna y alcanzó velocidades que otras misiones no conocieron. Por eso, cuando Zita se despertó luego de dormir diez o doce horas, lo único que vio por la ventana fue algo de color amarillo. Era Coritnia. Estaban muy cerca. Jorge y Romina se despertaron cuando Galileo y el centro de operaciones comenzaron la difícil maniobra de aterrizaje. A Felipe le dieron un par de codazos para que no se perdiera el espectáculo.





Reversa, sacudida, clave Morse, y Galileo sudando la gota gorda. Los niños ya se habían puesto los cinturones de seguridad y estaban muy calladitos. Los cálculos habían fallado y la nave estaba sobrevolando una zona muy rocosa, así que durante una hora tuvieron que recorrer por lo alto la superficie de Coritnia, en busca de un suelo adecuado. Galileo presionó un botón triangular de color naranja y le salieron seis patitas a la nave, que le ayudaron a bajar con delicadeza, como si descendiera por una telaraña. A partir de ese momento, tendrían doce días para dejar a Coritnia brillante como la Luna.

La voz que venía de la Tierra preguntó a Jorge si todos se encontraban bien. El niño dijo que sí con voz temblorosa. La voz les recomendó a los niños que comieran y luego descansaran un par de horas; no era necesario que fueran de inmediato a iniciar el abrillantamiento.





Romina sacó cuatro cubitos de sopa y otros de pastel de queso. Prepararon agua de limón en las bolsitas herméticamente selladas y le dieron a Galileo tres capsulitas de comida especial para chimpancé. Mientras le daban mordidas a la sopa deshidratada adicionada con calcio, en medio de un silencio incómodo, cada tripulante sintió la soledad correrle por la espalda. Habían estado juntos una semana y los niños apenas se conocían, entre la escuela, la simulación, las siestas y las comidas, no habían quedado huecos suficientes para platicar. El silencio de Romina no se había notado hasta que lo subieron a la nave. Después de comer se volvieron a dormir.

La voz desde la Tierra dio órdenes de vestir los trajes espaciales y sacar las Super Shining 3000. Galileo revisó que los niños se hubieran puesto bien el casco y luego abrió las compuertas. Felipe apretó fuertemente su cuchara cuando ante él vio el hermoso vacío del universo. Cielo negro y suelo ámbar era todo lo que se veía. Romina fue la primera en recuperar la compostura y ayudó a Galileo a sacar las pulidoras. Cuando terminaron de verificar que no se derramara líquido y que todo funcionara bien, Zita, Felipe y Jorge ya estaban saltando de un lado a otro. El silencio de Romina no tuvo efecto alguno sobre los otros niños, que decidieron ir a explorar Coritnia con los pies. Romina se subió a una pulidora y la encendió; se fue a pulir una zona cercana, dejando a su paso una tirita de brillo que nadie notó desde la Tierra.

Durante la cena (o desayuno, no sabían porque el cielo siempre estaba negro), Zita, Felipe y Jorge no hicieron más que comentar lo que exploraron. Felipe dijo estar seguro de haber visto un extraterrestre, y Jorge empezó a picarse la nariz solo de pensarlo. Zita se comió tres cubitos de sándwich de pavo y dos de helado de limón; Romina



le escribió en una hoja que no debía comer tanto, que las raciones eran de dos cubitos. Zita le dijo que se callara, que habían mandado raciones de más y que ella tenía mucha hambre por la caminata. Era cierto que había raciones de más, pero a ese ritmo, Zita iba a terminárselas en cinco días.

La siguiente jornada no fue distinta. Zita y Felipe salieron a explorar y Jorge se quedó en la nave a picarse la nariz. Romina no pudo convencerlo de que fuera a pulir, así que lo dejó con Galileo, que no podía ayudarlo porque no lo habían entrenado para manejar la Super Shining 3000. Romina condujo hasta el cansancio la pulidora y dejó en el suelo una mancha brillante que, aumentada cuatro veces, se habría distinguido en la Tierra. Cuando Romina regresó a la nave, se encontró a Galileo gritando como chango de zoológico. Los niños se deshacían a carcajadas. Jorge le había dado al chimpancé un cubito de budín de chocolate, desobedeciendo la regla de que, bajo ninguna circunstancia, debían darle azúcar.

Los niños recibieron un fuerte regaño de la voz que venía de la Tierra y Jorge siguió las indicaciones para devolver a Galileo a su estado normal. Luego de dormir una siesta, el chimpancé se despertó con su IQ recuperado casi por completo. Lo malo fue que en la jornada siguiente, mientras Romina le sacaba brillo al satélite, Felipe no pudo resistir la tentación de darle otro cubo de budín para verlo saltar de nuevo. Cuando llegó Romina y vio a un mono tonto jugando con la cuchara de Felipe, fue directo a los contenedores de comida, sacó todos los postres





que quedaban, abrió las compuertas y los lanzó al espacio. Los niños le gritaron que era una aburrida y una tonta, que ahora no tendrían nada con qué divertirse.

—¡Cállense! ¡No vinimos hasta acá para hacer tonterías! Tenemos que pulir a Coritnia, pero parece que a ninguno de ustedes les importa. Si quieren regresar a la Tierra y que todos sigan pensando que somos unos latosos y unos irresponsables, ¡adelante! ¡Yo prefiero cumplir la misión y darle un poco de brillo al cielo!

La voz de Romina resonó en la cabeza de los niños con la fuerza de un cometa. Algo se rompió con sus palabras y lo terrestre dio paso a lo lunar.





## Lunáticos

Los cuatro se volvieron a poner los trajes y salieron de la nave. Cada uno tomó el volante de una Super Shining 3000 y regaron destellos de sol por todos los cráteres y montañas. Felipe tuvo que dejar su cuchara al cuidado de Galileo porque necesitaba tener las dos manos libres para pulir. Esa noche, desde la Tierra, se distinguió un pedacito luminoso que hacía mucho tiempo no se veía.

Después de trabajar todos juntos, muy cansados y satisfechos, se sentaron a comer cubitos de albóndigas. Ya no había postres, así que Romina les preguntó si querían doble ración. Zita tenía hambre, con gusto habría masticado tres cubitos más de albóndigas y otro de sopa de cebolla... pero dijo que no. Ella no sería responsable de la hambruna estelar de sus compañeros, y si los nutriólogos decían que un cubito bastaba, ella se comería un cubito nada más para satisfacer su apetito lunático.

Mientras bebían jugo de manzana, Felipe le preguntó a Romina la razón de su silencio. Ella suspiró y escogió las palabras más bonitas para contarles. Sus padres murieron cuando ella tenía nueve años, en un accidente de trabajo que nadie había querido contarle a detalle porque decían que era muy feo. Como no hubo quién quisiera hablarle al respecto, a Romina le pareció que ya no había nada más que decir en el mundo. Si ella no podía enterarse de aquello que llevó a sus padres a la tumba, entonces el mundo no se enteraría de nada que tuviera que ver con ella. El silencio inundó por todos lados la vida de la niña. Esta voz que escuchan, dijo Romina, es una voz de lunática, no sé si la llevaré conmigo a la Tierra cuando regresemos.

Durmieron unas horas para reponer energía. Felipe soñó con la historia del conejo de la Luna, a quien los dioses premiaron por su devoción



## *Lunáticos*

estampando su imagen en el icono de la noche. Felipe se levantó preocupado porque no les habían dado indicaciones de que dejaran dibujado el conejo en esta nueva Luna. Habló con sus compañeros y juntos acordaron que ese día marcarían el contorno de la figura del conejo, no querían que meses más tarde alguien se diera cuenta de la ausencia y la CIVEME organizara otro concurso para elegir a los pintores del conejo.





## Lunáticos

Jorge era buen dibujante, así que fue el encargado de hacer un boceto a escala de la figura del roedor. Les llevó toda la jornada dibujarlo en la superficie, fue complicado porque las dimensiones eran gigantescas. Jorge quiso dibujar la colita y se fue a trazar el gran círculo que se encontraría con las patas en las que Zita estaba trabajando. De repente, a la mitad de la enorme curva que delineaba, a Jorge le entró un miedo profundo por encontrarse solo en medio del espacio. Cielo negro, suelo ámbar y la posibilidad de encontrar a la vuelta de una montaña a un grupo de peligrosos extraterrestres. Jorge no podía picarse la nariz porque llevaba casco. Podía quedarse paralizado y esperar a que uno de sus compañeros fuera a buscarlo. O podía sacar del fondo de su ser una valentía lunática que le permitiera terminar la colita del conejo. Después de pulir un rato más, Jorge se encontró con Zita y las patitas del conejo. La verdad es que no les quedó muy bien, pero en la Luna pasada también se necesitaba mucha imaginación para encontrarle las orejas.

Cuando terminaron el dibujo, llegaron a la nave, estaban hambrientos. Cada uno se comió un cubito de pollo frito y otro de ensalada de col. Durante la sobremesa platicaron de sus familias y de la escuela. Todos mintieron cuando hablaron de sus compañeros de clase; no quisieron confesar que solían tener problemas con los otros niños porque los molestaban. Esos no eran temas lunáticos, mientras estuvieran juntos podían desentenderse de sus dificultades terrestres. Tampoco esperaban que a su regreso, todos en la escuela los consideraran héroes; habían aceptado la misión por el simple gusto de viajar al espacio y vivir una aventura fuera de serie.

En los días siguientes organizaron el tiempo para aprovechar cada hora del día. Después de despertarse pulían durante cuatro horas,





luego comían, jugaban Basta, tomaban una siesta y salían a pulir otras tres horas. Avanzaron muy rápido, la voz de la Tierra los felicitaba todos los días porque estaban haciendo un trabajo extraordinario.

En la Tierra, el presidente de la CIVEME ofreció una rueda de prensa en la que declaró, muy contento, que estaban orgullosos de la tripulación de Niso. En los noticieros mostraban fotos comparativas del antes y después de Coritnia, y los periodistas aseguraban que los niños se convertirían en las personalidades del siglo (junto con la científica Doris, por supuesto). La revista *Mirada al cielo* empezó a preparar un suplemento especial con toda la información de los tripulantes de Niso y la misión a Coritnia. Los padres de los niños y la abuela de Romina eran entrevistados a menudo y hasta habían recibido llamadas ofreciendo contratos millonarios para hacer una serie o una película con los niños. Todos en la Tierra miraban a Coritnia, que cada día estaba más brillante y poco a poco se iba ganando el nombre de “Luna”.

Galileo se confundió al ver lo responsables que se habían vuelto los niños. Jorge se encargaba de mantener la comunicación con la Tierra, así que el IQ del chimpancé dejó de ser un factor importante para la misión. Romina empezó a ocuparse de los cálculos físicos, Zita se ocupaba de controlar las funciones básicas de la nave a través de los botones del tablero y Galileo no tuvo mucho que hacer durante el día. Se dedicó a dormir y a flotar. Una noche, mientras los niños dormían, Galileo se quedó un rato mirándolos y pensó que un animal como él no necesitaba saber astronomía, mucho menos cuando está rodeado de unos niños que entienden mejor al universo. Cuando cerró los ojos, Galileo dejó su IQ en el sueño, y se despertó siendo un chimpancé listo y dócil, pero ya no era el genio fabricado en la CIVEME.



## Lunáticos

Felipe fue el primero en notar que Galileo estaba distinto. Jorge habló con la voz que venía de la Tierra e intentaron devolverle el intelecto al chimpancé con juegos de destreza y ejercicios matemáticos, pero fue inútil. Entonces, la voz les advirtió que el día del despegue, todos tendrían que estar muy atentos para dirigir la parte que le tocaba a Galileo. En la Tierra, los funcionarios de la CIVEME empezaron a buscar una reserva ecológica para que fuera el hogar del chimpancé cuando regresara.

Las Super Shining 3000 recorrieron, desde la Tierra, todo el territorio visible de Coritnia. Era una suerte que solo mostrara una cara, de lo contrario habrían tardado diez días más de labores a marchas forzadas. Para las partes pequeñas que la Super Shining 3000 no alcanzaba —como las orillas de los cráteres o las piedras grandes—, los niños usaron unas pulidoras manuales más pequeñas. En la jornada número once, cuando terminaron el turno vespertino de abrillantamiento, desde la Tierra recibieron a la voz que los felicitaba por haber completado la misión. La Luna estaba completamente brillante, se veía otra vez como una enorme perla. Ahora los niños podían descansar y hasta jugar un ratito en la reluciente superficie de la Luna. Después de comer, los cuatro niños y el chimpancé salieron a divertirse como lunáticos.

La tripulación de Niso fue a sentarse en la cima de una colina lunar. Desde ahí miraron el mar de estrellas y planetas. La Tierra se veía como una enorme isla azul y brillante. Les dieron ganas de volver. Extrañaban a sus familias y a la comida que no era cúbica. Ahora que habían cumplido la misión, podían dedicarse a añorar el regreso con todo su corazón. Todo el mundo quiere ir a la Luna, pero desde la Luna no hay cosa que pueda desearse más que ir a la Tierra.









La voz desde la Tierra les dio permiso de dormir todo lo que necesitaran porque debían estar muy despiertos en el viaje de regreso. Cuando estuvieron listos, le pusieron a Galileo los cinturones de seguridad, y después fueron a sentarse ante los botones y palancas del tablero de control. La voz se comunicó con Zita, que era la experta en botones, y le dio instrucciones detalladas. Tardaron una hora en despegar. Era mucho más difícil conducir una nave espacial que las Super Shining 3000. Alcanzaron velocidades óptimas en el espacio abierto e hicieron una escala en un módulo de mantenimiento para recargar combustible. La CIVEME tiene tres módulos como ese orbitando la Tierra a diferentes distancias, ahí los astronautas pueden reparar la nave, abastecerse de agua, comida y combustible.

Durante horas cruzaron el espacio en línea recta. Los niños pusieron el piloto automático para asomarse por las ventanas de la nave y ver la Luna. Brillaba tanto que competía con el Sol. Felipe le dio un abrazo a Romina y luego todos se abrazaron. Lo habían logrado: gracias a Doris, a los que llamaron a la Coritnia, a la CIVEME y a ellos, el cielo había vuelto a tener Luna. Los niños se dieron otro abrazo, fueron a darle un beso en la frente peluda a Galileo y volvieron a sus puestos.



Todo el mundo quiere ir a la Luna, pero desde la Luna no hay cosa que pueda desearse más que ir a la Tierra.



Todos estaban muy alertas, concentrados en la trayectoria de la nave. Felipe fue por unos cubitos de puré de papa y los repartió entre sus compañeros para que recargaran energía. Cuando faltaban dos horas para entrar a la atmósfera de la Tierra y terminar con la aventura, la voz les dijo que debían abrocharse perfectamente los cinturones de seguridad. A partir de ahí, el descenso sería dirigido desde el centro de control, así que solo necesitaban estar bien sentados y disfrutar la bajada.





La nave se sacudió muy fuerte cuando entraron a la atmósfera. Los niños y Galileo gritaron, primero con susto y luego con emoción. Ni en la montaña rusa más grande del mundo habrían podido sentir algo parecido. Después de un tiempo de caída libre, los paracaídas de la nave se abrieron y depositaron a Niso con delicadeza en el mar. Un barco iba en camino para llevarlos a tierra firme y los canales de televisión tenían helicópteros sobrevolando el mar para transmitir en directo la llegada de los héroes. Mientras se mecía entre las olas, todos miraron con admiración la nave espacial donde viajaron cuatro niños lunáticos y un chimpancé.



Esta obra se terminó de imprimir en noviembre de 2022,  
con un tiraje de 3 000 ejemplares,  
en los talleres de SEPRIM-HEUA730908AM1,  
Siembra #1 int. S-5, col. San Simón Culhuacán, alc. Iztapalapa,  
C.P. 09800, Ciudad de México.





**CONAFE**

Consejo Nacional de Fomento Educativo